

CONTINUIDAD Y RUPTURA EN LAS TRADICIONES ALFARERAS (Elementos para el estudio de momentos de transición entre fases culturales en las sociedades antiguas)

José Luis ESCACENA CARRASCO
Departamento de Prehistoria y Arqueología
Universidad de Cádiz

En muchas ocasiones los estudios prehistóricos y arqueológicos en general han dado a conocer cómo la fabricación de cerámica por determinados pueblos y culturas ha sido un factor diferenciador de los mismos. Llegándose con frecuencia a definir ciertos grupos humanos por las manifestaciones alfareras que les fueron peculiares, ya pertenecieran a la vajilla de uso doméstico, ya fueran recipientes con finalidad religiosa o funeraria. En tales casos las producciones cerámicas nos ofrecen unos datos interesantísimos para llegar a conocer el comportamiento de los pueblos que las fabricaron, las vicisitudes que acontecieron en el desarrollo de su historia y las principales actividades —económicas, culturales o de cualquier otro tipo— que llevaron a cabo en el entorno geográfico donde se desarrollaron. Esta peculiaridad de la alfarería, de la que también han gozado sin duda otras manifestaciones de la cultura material humana más difíciles de sobrevivir al paso del tiempo, le ha permitido ser objeto de estudio pormenorizado por parte de la ciencia arqueológica, punto de vista desde el que se enfoca el presente trabajo.

La intención de nuestro breve estudio es, pues, hacer hincapié en una serie de fenómenos culturales que, en parte, son producto de la inclinación que toda manifestación del bagaje material de los grupos humanos muestra hacia su propia conservación, en lucha constante con cualquier innovación o intrusión que tienda a suplantarla. Dicho comportamiento, que en los estudios antropológicos en general, y más particularmente en los arqueológicos, se suele conocer con los nombres genéricos de «pervivencias culturales» o «conservadurismo», es fácilmente observable a través de

largos periodos de la Prehistoria e Historia españolas. Para el estudio de las poblaciones antiguas, su constatación toma una innegable importancia cuando desde otros puntos de vista, ofrecidos tanto por los restos arqueológicos y por las fuentes escritas (documentales o epigráficas) como por los datos antropológicos, sabemos con certeza de la existencia de movimientos migratorios responsables de los cambios culturales, ya fueran producidos por lentas infiltraciones de nuevas gentes, ya por conquistas de tipo militar, ya por invasiones masivas de grupos extranjeros.

La continuidad en la producción de los mismos tipos cerámicos durante los momentos de tránsito de unas etapas históricas a otras, fenómeno que se materializa tanto en las formas de los recipientes como en las técnicas de fabricación, tratamiento y decoración de los mismos, supone a nuestro entender un necesario mantenimiento de poblaciones anteriores a los nuevos aportes llegados y heredadas de los colonizamientos que exigía la fabricación de los Barros tradicionales en el lugar. A modo de ejemplo a través de una dilatada trayectoria histórica, pueden traerse aquí tres casos, bastante separados cronológica y culturalmente unos de otros, que son fiel reflejo de esta problemática. Situamos el primero durante la Edad del Bronce y los otros dos en época protohistórica y medieval respectivamente.

Los estudios prehistóricos correspondientes a los comienzos de la Edad de los Metales se encuentran aún en la Península Ibérica a unos niveles de conocimiento tan parciales, que la generalización de determinadas cuestiones, coledad de la excavación de tal o cual asentamiento humano, cae con demasiada frecuencia en el riesgo del error histórico. Poseemos todavía pocos datos sobre la vida de determinadas comunidades del momento. De todas formas, algunos yacimientos arqueológicos que abarcan cronológicamente esas etapas parecen demostrar que, cuando asistimos a un cambio brusco en las costumbres alfareras de la zona, mediante el cual unos tipos cerámicos se ven suplantados drásticamente por otros nuevos que nada o muy poco tienen que ver con los anteriores, estamos realmente ante la sustitución rápida y casi total de unas poblaciones por otras, siendo así que, en caso de permanecer habitando en el lugar algún resto de la población anterior, éste lo haría en una proporción numérica tan insignificante que las manifestaciones cerámicas que le fueron peculiares sucumbirían ante el empuje de las nuevas modas impuestas por los recién llegados. Cuando, en el caso contrario, se trata de un simple impacto cultural venido de la mano de actividades comerciales o de contactos esporádicos de cualquier tipo, y no de una verdadera sustitución de poblaciones, las cerámicas de los grupos preexistentes se resisten con fuerza a desaparecer, perdurando en ocasiones durante centurias enteras. Es el caso, por ejemplo, del comportamiento de las producciones alfareras tartésicas autóctonas ante la llegada de los nuevos gustos cerámicos traídos desde el Mediterráneo oriental por los colonizadores semitas y griegos principalmente hacia los ss. VIII y VII a.C.

El fenómeno que venimos analizando en estas líneas puede observarse manifiestamente en un yacimiento prehistórico excavado por nosotros en Medina Sidonia (Cádiz), donde se estableció a fines del Calcolítico una comunidad humana que pobló el lugar, con toda seguridad sin interrupción, hasta época medieval⁽¹⁾. Los testimonios cerámicos de dicho *hábitat*, obtenidos por hallazgos de superficie y especialmente a través de una secuencia estratigráfica de casi 2,5 m. de potencia, hablan con claridad de una continuidad de poblamiento entre los primeros niveles de habitación, fechables en el Eneolítico final, hacia el primer cuarto del segundo milenio a.C., y las primeras comunidades humanas que se desarrollan en la comarca durante la Edad del Bronce⁽²⁾. Por una parte, en cuanto a la forma de los recipientes, vemos cómo se van a mantener durante largo tiempo los tipos que habían sido característicos de los últimos momentos de desarrollo del fenómeno megalítico en su *facies* bajoandaluza, entre los que cabe destacar una serie de platos de fondo casi plano y borde apuntado de tendencia vertical, (fig. 1:A), presentes en gran abundancia en los más tardíos enterramientos colectivos del Calcolítico meridional⁽³⁾ como elemento significativo del ajuar funerario de los mismos (figs. 1:B y 1:C). En el Monte Berrueco de Medina Sidonia se puede apreciar que estos platos se mantienen a lo largo de varios estratos de cronología diferente a pesar de que otros elementos culturales están empezando a cambiar de una manera rápida y profunda. Dichas transformaciones afectan allí principalmente a las industrias líticas, a los objetos metálicos, a las técnicas constructivas y, entre otros aspectos, al ritual funerario. Por lo que se refiere a los dos primeros, más directamente emparentados con la cultura material, se observa que los instrumentos de piedra típicos del Calcolítico (puntas de flecha y hojas de sílex principalmente) desaparecen muy pronto en aras de una rápida sustitución por utensilios de cobre o bronce, a pesar de la necesidad de importar esas nuevas materias primas, siendo así que el sílex es mucho más fácil de adquirir en la región. En parte, este fenómeno es general a muchas áreas peninsulares; no así, en cambio, la adopción muy temprana de un ritual de enterramiento –individual, en fosa y en el interior del poblado– que va a ponerse de moda con la llegada de la Edad del Bronce, una de cuyas ma-

(1) La memoria correspondiente a dicha excavación, llevada a cabo en 1982, se encuentra aún inédita. Para un conocimiento general de las características del *hábitat* puede verse: ESCACENA, J.L., FRUTOS, G. de y C. ALONSO, «Avance al estudio del yacimiento del Cerro del Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)», *Anales de la Universidad de Cádiz* 1 (1984), pp. 7-32.

(2) ESCACENA, J.L. y G. de FRUTOS, «Enterramientos de la Edad del Bronce del Cerro del Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)», *Pyrenae* 17-18 (1981-82), pp. 165-189.

(3) CERDAN, C. y G. y V. LEISNER, *Los sepulcros megalíticos de Huelva. Inf. y Mem. de la com. Gral. de Exc. Arq.* 26, Madrid 1925, lám. XVII, n.º 24, 38 y 42, lám. XX, n.º 12, lám. XXVIII, n.º 27, y lám. XXXIX, n.º 9. CABRERO, R., «El conjunto megalítico de Los Gabrieles», *Huelva Arq.* IV (1978), fig. 4, n.º 10 y fig. 14, n.º 10.

nifestaciones más peculiares y significativas, que precisamente va a usar estos modos funerarios, conocemos en el Sureste español como «Cultura de El Argar». Pues bien, a pesar de estos profundos cambios tanto en aspectos puramente materiales como en cuestiones más hondas referidas a la mentalidad religiosa, que denotan la existencia de grupos humanos que pudieron suponer, de alguna manera, la vanguardia cultural del momento en torno a la Bahía de Cádiz, el mundo de las cerámicas respeta enormemente al principio las tradiciones anteriores, no ya en la repetición exclusiva de las siluetas de las vasijas, sino también en las diversas maneras como fueron tratadas las superficies de sus paredes. Cuando en esta panorámica afloran perspectivas de cambio, éstas se producen a un ritmo gradual y pausado, sin grandes rupturas con la tradición precedente. En nuestra opinión, semejante fenómeno únicamente puede explicarse a través de una continuidad poblacional fuertemente marcada de los grupos humanos que habitaban la zona, tremendamente respetuosos de la herencia alfarera que habían recibido. En definitiva, dichos instrumentos de barro podían ejercer una utilidad práctica no superada por ningún otro invento tecnológico, como sí ocurría, por el contrario, con la sustitución de las industrias líticas por las metálicas.

El mismo comportamiento puede verse en el referido yacimiento gaditano en otras formas de recipientes cerámicos, como por ejemplo en los cuencos hemiesféricos simples o de borde entrante, en los que la única variación constatable se refiere exclusivamente a su aumento en número conforme avanzamos en el tiempo, sin que ello suponga una modificación sustancial ni en su forma ni en su tamaño, así como tampoco en el tratamiento dado a sus paredes, que se mantienen durante largo tiempo ligeramente bruñidas. (fig. 2).

Según el estado de conocimientos en que nos encontramos en la arqueología prehistórica, fenómenos de esta índole pueden apreciarse a escala aún reducida geográficamente. En momentos en que las actividades comerciales a larga distancia no estaban muy desarrollados todavía, no podemos esperar el transporte y venta de productos cerámicos en grandes cantidades a regiones muy extensas y distantes de los puntos de origen. Por el contrario, los alfares debieron abastecer, refiriéndose a la Península Ibérica y con anterioridad al mundo colonial de los ss. VIII y VII a. C., comarcas de reducida extensión, aunque los tipos cerámicos fabricados por cada uno de estos hornos respondieran a modas más generales, de ámbito regional al menos, que nos impiden muchas veces poder diferenciar en cada caso los materiales procedentes de los distintos centros productores. Sólo el análisis petrográfico de la composición de las arcillas utilizadas en la fabricación de dicha cerámica nos podrá llevar algún día a la resolución del problema.

Con la expansión romana por el Mediterráneo asistimos a parecidos comportamientos, aunque ahora se van a producir con carácter más general. En el territorio hispánico nos interesa ahora un testimonio muy característico de lo que venimos ex-

poniendo: la pervivencia de las cerámicas ibéricas pintadas durante gran parte de los momentos de la dominación romana. Esos productos alfareros se resisten a desaparecer a pesar del alto grado de industrialización y perfeccionamiento que ofrecían los barros itálicos, primero con la fabricación de las cerámicas campanienses heredadas de las de barniz negro griegas y luego con la *terra sigillata* de procedencia extranjera o local.

Por las fuentes escritas del momento, y no ya por los datos arqueológicos, sabemos con certeza que cuando acontece la conquista de la Península Ibérica por Roma, no se produce un desplazamiento de los grupos humanos autóctonos, que en líneas generales siguieron habitando en los mismos sitios aunque con un nuevo señor. Parece ser, incluso, que los primeros grupos importantes de conquistadores asentados en *Hispania* eligieron núcleos urbanos ya poblados con anterioridad, como parecen demostrar las estratigrafías de algunos yacimientos de la época¹⁴; cosa lógica por cuanto los nuevos pobladores tendrían la necesidad de abastecerse de una serie de productos que sólo la población indígena les podía suministrar.

Las cerámicas ibéricas pintadas protohistóricas poseían a la llegada de los romanos una larga tradición, pues sus orígenes hay que remontarlos a los mismos inicios del impacto de la colonización oriental. En esa aculturación entraron a formar parte dos factores principales, el griego y el semita; cada uno con mayor o menor intensidad según zonas y épocas. A raíz de la introducción de las producciones alfareras propiamente romanas, la cerámica ibérica pintada tiende a imitar algunas de las formas nuevas que estaban siendo aceptadas mayoritariamente en el mundo mediterráneo; pero conserva sus peculiaridades fundamentales en lo referente a la cocción, tratamiento y sistemas decorativos. En cierta medida, la cerámica pintada de los pueblos ibéricos en todas sus manifestaciones regionales, desde Cataluña hasta Andalucía oriental, no hace más que continuar una larga tradición intrínseca en ella desde los mismos comienzos de su nacimiento: la imitación de formas nuevas al socaire de las modas al uso, costumbre que quizás alcanzara su momento álgido hacia la segunda mitad del s. V a.C. y primera del IV, cuando la vajilla griega invade los mercados mediterráneos y va a ser copiada literalmente, en algunas de sus formas, por talleres indígenas de la Península Ibérica (fig. 3).

Los pueblos de la fachada oriental de España y de Andalucía estuvieron, desde los más remotos tiempos prehistóricos, abiertos a la llegada de influencias exteriores, venidas principalmente del Mediterráneo oriental. De ahí que el fenómeno que ahora analizamos no sea más que un eslabón de la larga cadena de impactos culturales que fueron bien recibidos por las comunidades autóctonas peninsulares y que se manifiestan en otros muchos aspectos de su vida diaria, como ya ha sido señalado por al-

(14) LUZON, J.M.^o, *Excavaciones en Itálica: estratigrafía en el Pajar de Artillo*, EAE 78, Madrid 1973.

gunos investigadores⁽⁵⁾. A modo de ejemplo, pues no es nuestra intención enumerar todo el repertorio de formas imitadas por la cerámica ibérica, habría que señalar la copia que durante época helenística se realiza en determinadas zonas de la vajilla greco-italica, especialmente de las páteras y platos de pescado⁽⁶⁾, forma de origen más antiguo desde luego en Andalucía (fig. 4:1-2).

La imitación del mundo griego en el campo de la cerámica no queda relegada a las formas de los recipientes, sino que afecta también a sus decoraciones, según se desprende, por ejemplo, de la comparación de testimonios áticos procedentes del Cabezo de San Pedro, en Huelva (fig. 4:3), con el motivo pintado en cerámicas ibéricas de *Asta Regia* (fig. 4:4)⁽⁷⁾.

No falta incluso quien piensa que algunas vasijas de época imperial romana, que adoptan los galbos de las cerámicas comunes romanas del momento y que presentan motivos florales pintados como decoración, no son más que las últimas manifestaciones de la cerámica ibérica (fig. 5). Son productos como los olpes de la Alcudia de Elche⁽⁸⁾ o de Tossal de Manises, fechados hacia los ss. II-III d. C.⁽⁹⁾.

Falta aún demostrar si la prolongación de este estilo cerámico no fue en definitiva, como se ha apuntado en alguna ocasión⁽¹⁰⁾, la responsable del nacimiento de una larga serie de cerámicas pintadas que van a conocer su apogeo en época medieval como producto peculiar de las alfarerías islámicas.

Para el tercer ejemplo del fenómeno que aquí venimos analizando, son de sumo interés los trabajos realizados en un yacimiento arqueológico que abarca cronológi-

(5) BENDALA, M., «La etapa final de la cultura ibero-turdetana y el impacto romanizador», en *La Baja Época de la Cultura Ibérica*, Madrid 1979, pp. 35-36: «El cambio del mundo ibérico al romano» —dice M. Bendala— se acusa más contrastadamente en el interior, pues la Bética estuvo siempre más abierta a influencias exteriores y había comenzado la helenización —lo que Roma va a implantar— años antes de la conquista romana, que se ejerció sin violencias».

Sobre la imitación de formas griegas en la cerámica puede verse, entre otros: PEREIRA, J. «La cerámica ibérica procedente de Toya (Peal de Becerro. Jaén) en el Museo Arqueológico Nacional», *TP* 36 (1979), pp. 289-347, fig. 14 principalmente; también PAGE, V., *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia*, Madrid 1984.

(6) Véase BELEN, M., FERNANDEZ-MIRANDA, M. Y J.P. GARRIDO, «Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los cabezos de San Pedro y La Esperanza», *Huelva Arq.* III (1977), p. 48, fig. 16, n.º 1; y p. 69, fig. 29, n.º 1.

(7) BELEN M. FERNANDEZ-MIRANDA, M. y J.P. GARRIDO, *op. cit.* p. 51, fig. 17, n.º 7, para el fragmento griego de Huelva. Para el testimonio de *Asta Regia* véase ESTEVE, M., *Excavaciones de Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez). Campañas de 1949-50 y 1955-56*, Jerez 1962, lám. XIII, fig. 1.ª:i.

(8) LLOBREGAT, E., «Datos para el estudio de las cerámicas ibéricas de época imperial romana», *X Congr. Nac. Arq.*, Zaragoza 1969, fig. 4:3-7.

(9) LLOBREGAT, E., *op. cit.*, pp. 367-374, figs. 1-3 y 5.

(10) LLOBREGAT, E., *op. cit.*, p. 378.

camente un período comprendido entre los ss. X y XVI d.C.⁽¹¹⁾. Sus excavadores, después de hacer un pormenorizado análisis tipológico de los materiales cerámicos, establecen un claro paso gradual desde los barroes puramente árabes hasta los cristianos, a través de un momento de tránsito en que, ya en tiempos posteriores a la Reconquista, se siguen haciendo barroes de época cristiana pero que continúan en sus formas y técnicas de fabricación las más típicas tradiciones musulmanas anteriores.

La idea que las fuentes escritas y la historiografía posterior y actual nos dan del momento es que la recuperación por parte cristiana de Sevilla y su alfoz llevó a la comarca a una rápida ruina y despoblamiento. Esta desaparición repentina de la población islámica choca en parte con la idea que aquí hemos venido defendiendo; más aún si se tienen presente esas pervivencias señaladas respecto a la cerámica. En realidad, todos estos problemas abren una puerta para su solución a la posibilidad de que permanecieran en el territorio conquistado determinados grupos de artesanos, artífices de los productos alfareros que consumirían los nuevos pobladores, o bien que estas gentes recién llegadas cubrieran sus necesidades de alfarería con vajillas de áreas periféricas, lugares en los que sabemos con certeza que permaneció después de 1248 una porción muy significativa de la población árabe, que no abandonaría la zona casi hasta dos décadas más tarde, obligada más o menos a ello tras ser sofocada la sublevación mudéjar de 1264⁽¹²⁾.

No podemos dejar de citar en este trabajo, por último, un ejemplo que nos lleva a las mismas conclusiones defendidas aquí, pero que obedece al caso contrario, es decir, a un lugar que, después de ser abandonado por su población originaria, que lo habitó a mediados de la Edad del Bronce, se ve ocupado por nuevos grupos humanos que traen un repertorio cerámico que nada tiene que ver con el de los anteriores pobladores. Se trata del yacimiento granadino de La Cuesta del Negro, en Purullena⁽¹³⁾. Aquí, el primer grupo humano que se asentó en el lugar utilizó la vajilla característica de las áreas argáricas del Sureste peninsular (fig. 6). En los últimos momentos de la cultura argárica el sitio permanece deshabitado, aunque durante poco tiempo, para ser ocupado nuevamente hacia mediados del s. XII a.c.⁽¹⁴⁾ por gentes nuevas venidas de La Meseta, cuyo complejo cultural obedece allí a la llamada «Cultura de Cogotas», con sus típicas cerámicas excisas y de boquique (fig. 7). Se trata de la implan-

(11) COLLANTES DE TERAN, F. y J. ZOZAYA, «Excavaciones en el palacio almohade de la Buhayra (Sevilla)», *NAHisp. Arq.* 1 (1972).

(12) GONZALEZ JIMENEZ, M., *Le repoblación de la zona de Sevilla durante el siglo XIV. Estudio y documentación*, Sevilla 1975, p. 33.

(13) MOLINA, F. y E. PAREJA, *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971*, EAE 86, Madrid 1975.

(14) MOLINA, F. y O. ARTEAGA, «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica excisa en la Península Ibérica», *CPGr.* 1 (1976), pp. 179-187 sobre todo.

tación de grupos humanos con un mundo cerámico muy poco relacionado con el del Bronce Final meridional de las comunidades andaluzas del momento, que se introduce a modo de cuña en la región granadina, y que va a traer además, como economía típica de los pueblos meseteños de la época, una ganadería pastoril claramente diferenciada de las bases económicas de la población preexistente⁽¹⁵⁾.

En definitiva, y como breve conclusión a este pequeño trabajo, habría que sostener que el comportamiento de ciertas tradiciones cerámicas es un factor importante a la hora de estudiar determinados procesos poblacionales de épocas pasadas. En momentos para los que contamos con documentación escrita suficiente, es fácil detectar tales cambios. Sin embargo, para las fases culturales anteriores, de las que sólo poseemos los testimonios materiales ofrecidos por la arqueología, este fenómeno toma una importancia capital, por cuanto puede ofrecer datos demográficos que de otra manera escaparían al conocimiento histórico.

(15) MOLINA, F. y E. PAREJA, *op. cit.*, pp. 53-56 principalmente.

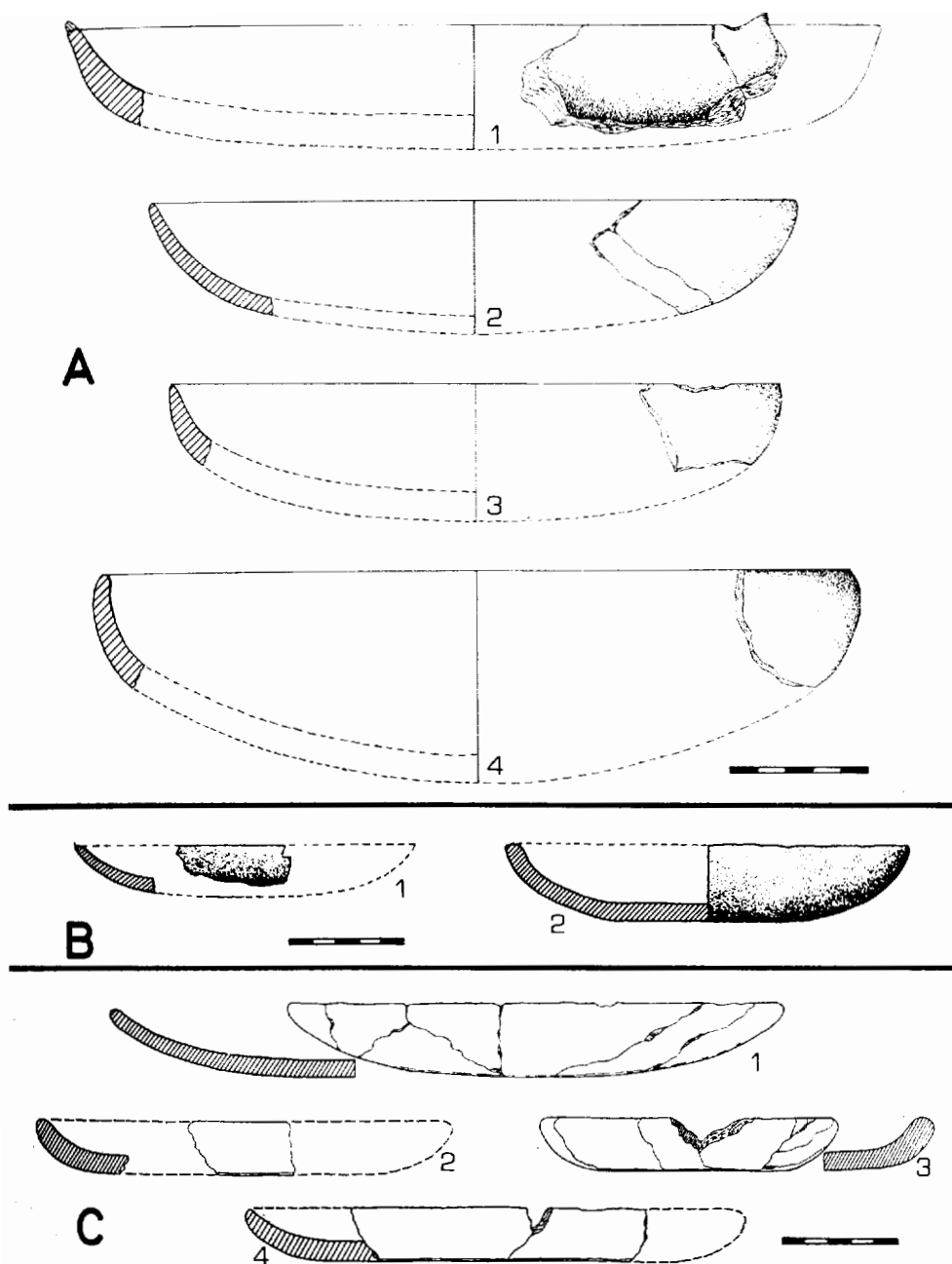


Fig. 1.— A, platos del Calcolítico final y del Bronce inicial del Monte Berruoco (Medina Sidonia, Cádiz). B, platos del conjunto megalítico de Los Gabrieles (Valverde del Camino, Huelva), según R. Cabrero. C, platos de los dólmenes de El Pozuelo (Zalamea la Real, Huelva), según C. Cerdán y G. y V. Leisner.

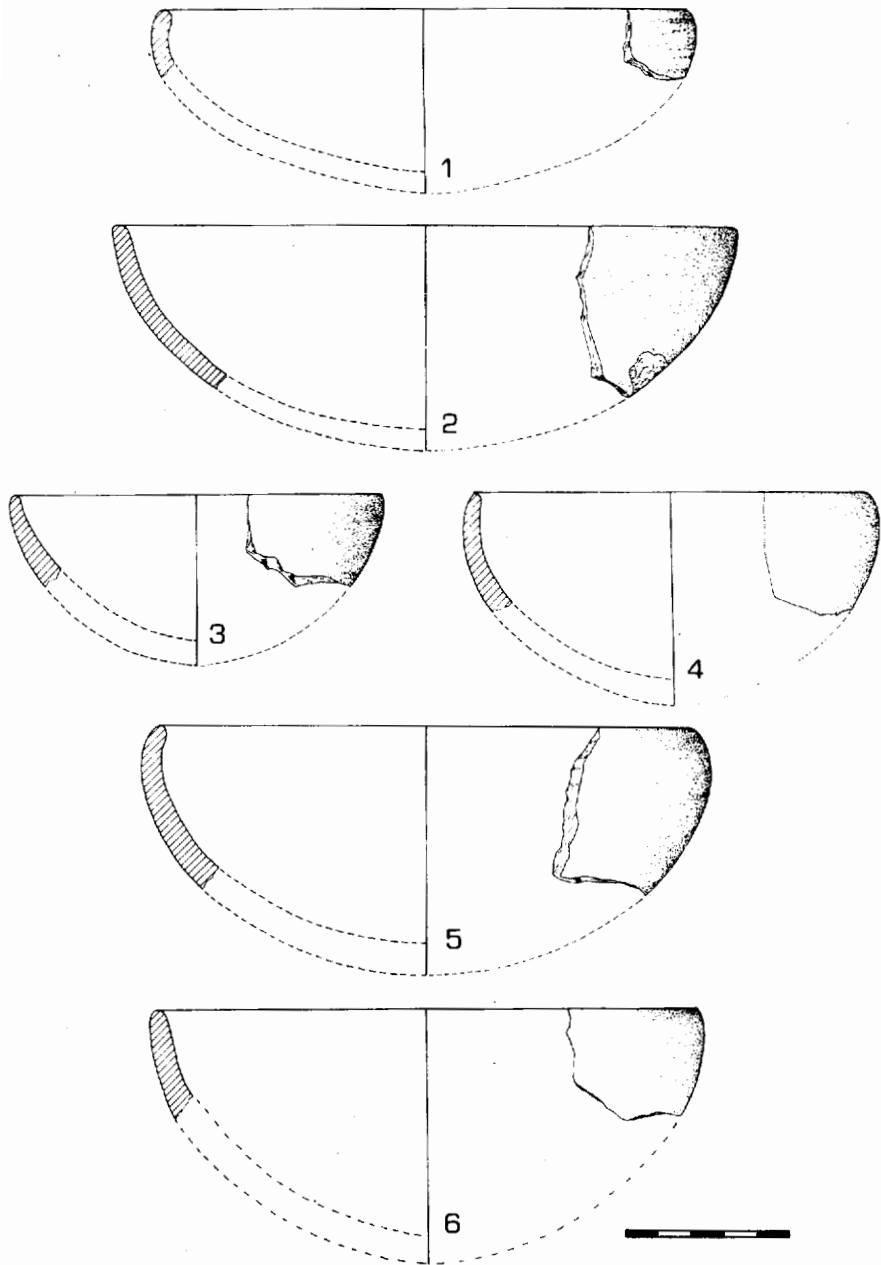


Fig. 2. Cuencos hemisféricos simples y de borde entrante del Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz). Calcolítico final y Bronce inicial.

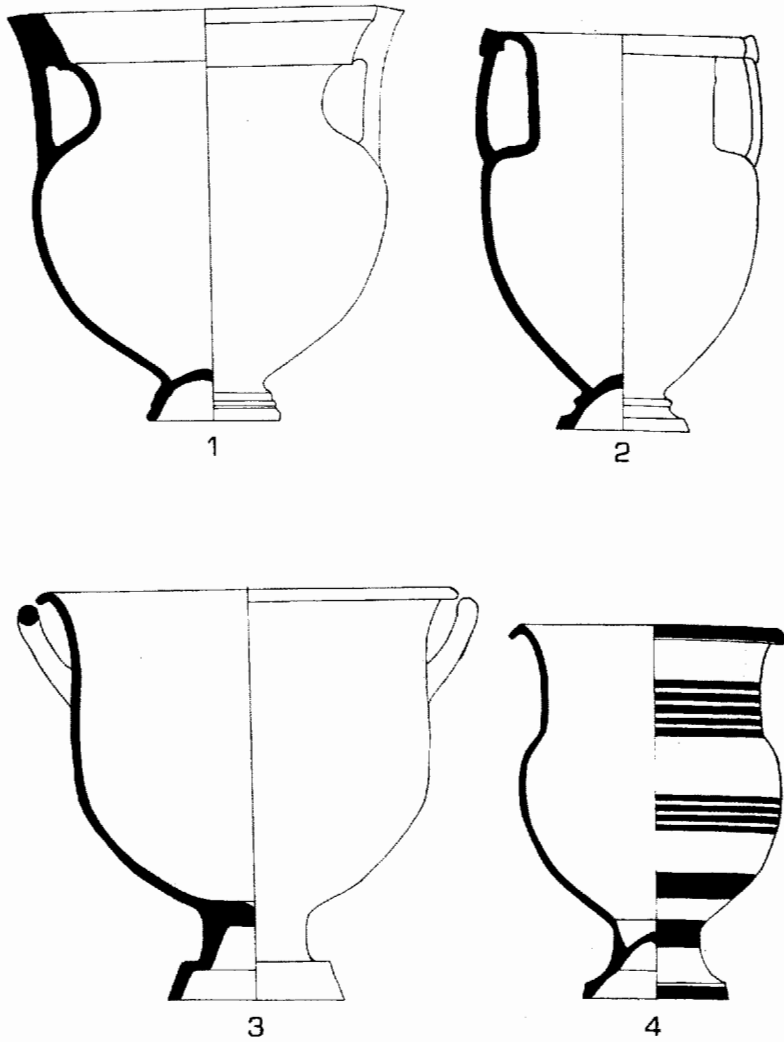
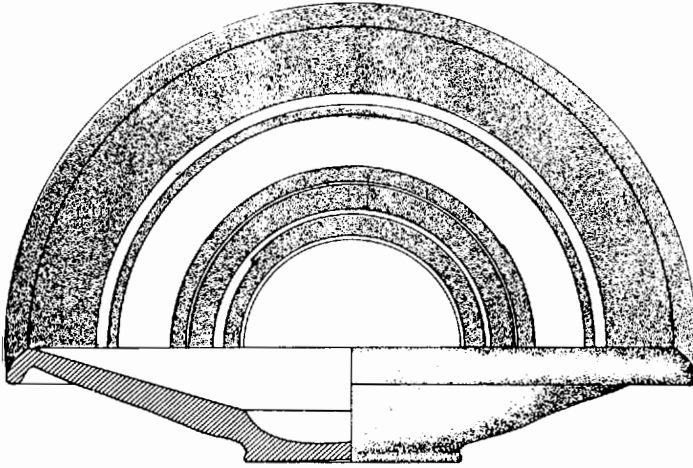
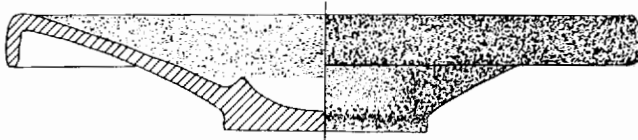


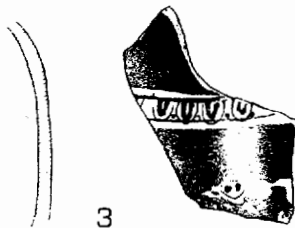
Fig. 3.- Diferentes formas de vasos griegos copiados en cerámica ibérica de Toya (Peal de Becerro, Jaén), según J. Pereira.



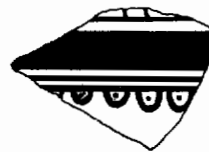
1



2



3



4

Fig. 4.- Cerámicas turdetanas de Huelva (1) y de Alhonor, en Herrera, Sevilla (2): imitaciones de la forma «plato de pescado», de origen griego. Decoración de ovas y puntos en un fragmento griego de Huelva (3) y su imitación en cerámica pintada de Asta Regia (4).

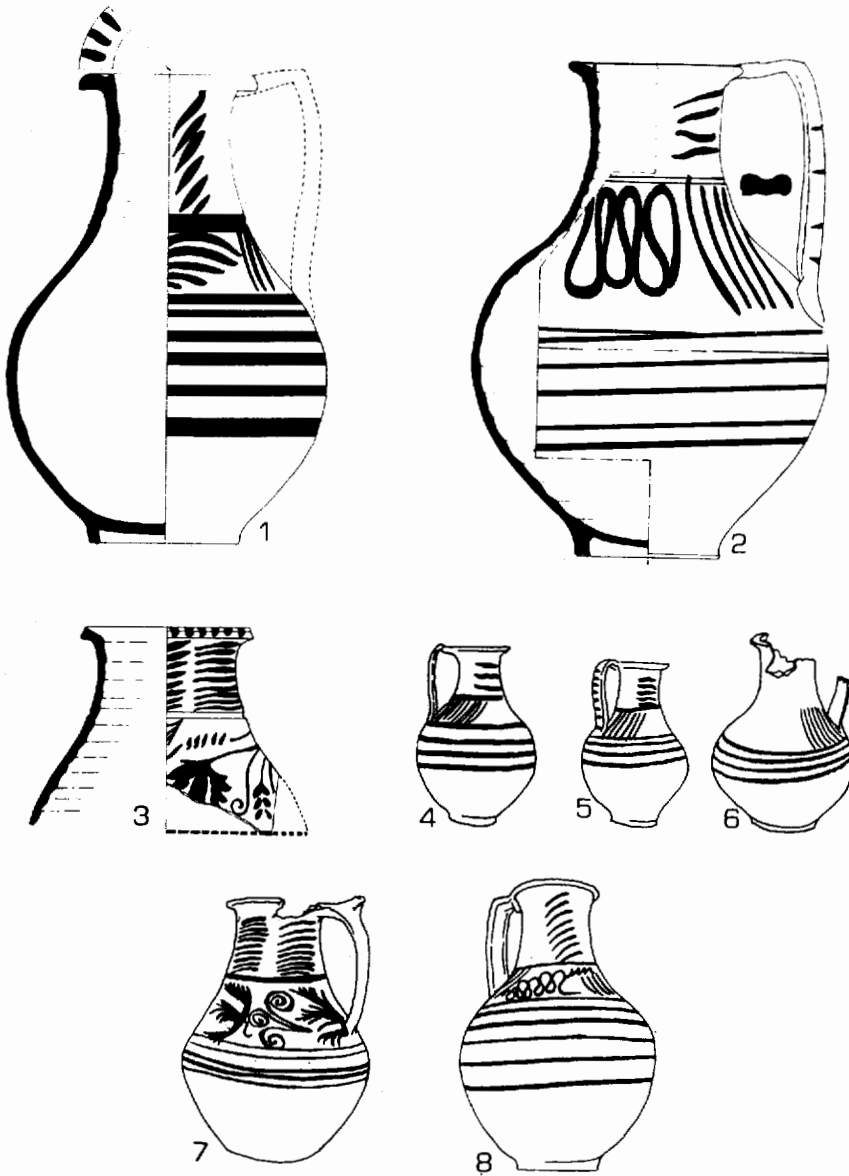


Fig. 5.- Cerámicas ibéricas tardías que imitan la forma del olpe romano: 1-3, Tossal de Manises, 4-8, La Alcudia de Elche. Según E. Llobregat.

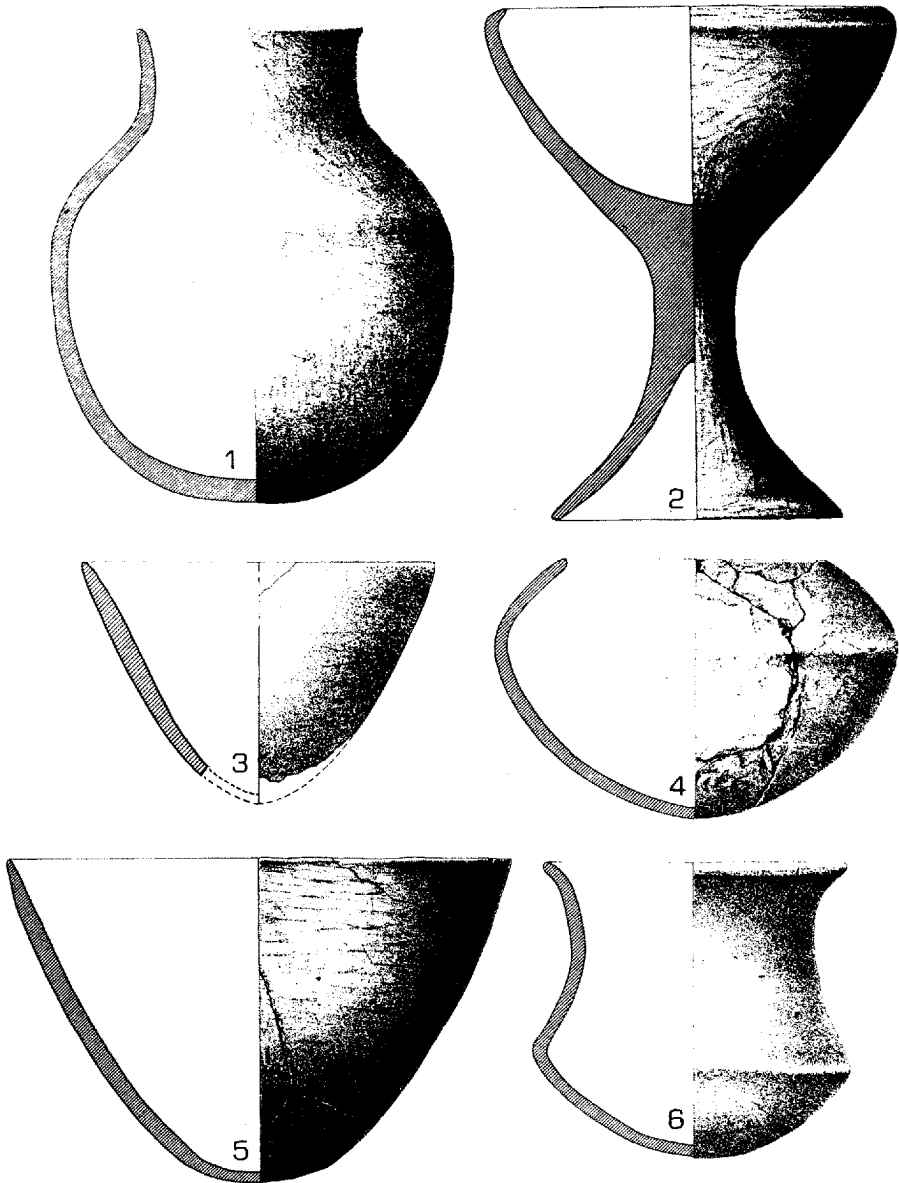


Fig. 6.- Materiales de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada), fase I, según F. Molina y E. Pareja. Obsérvese la desconexión entre esta cerámica y la de la fase II (fig. 7).

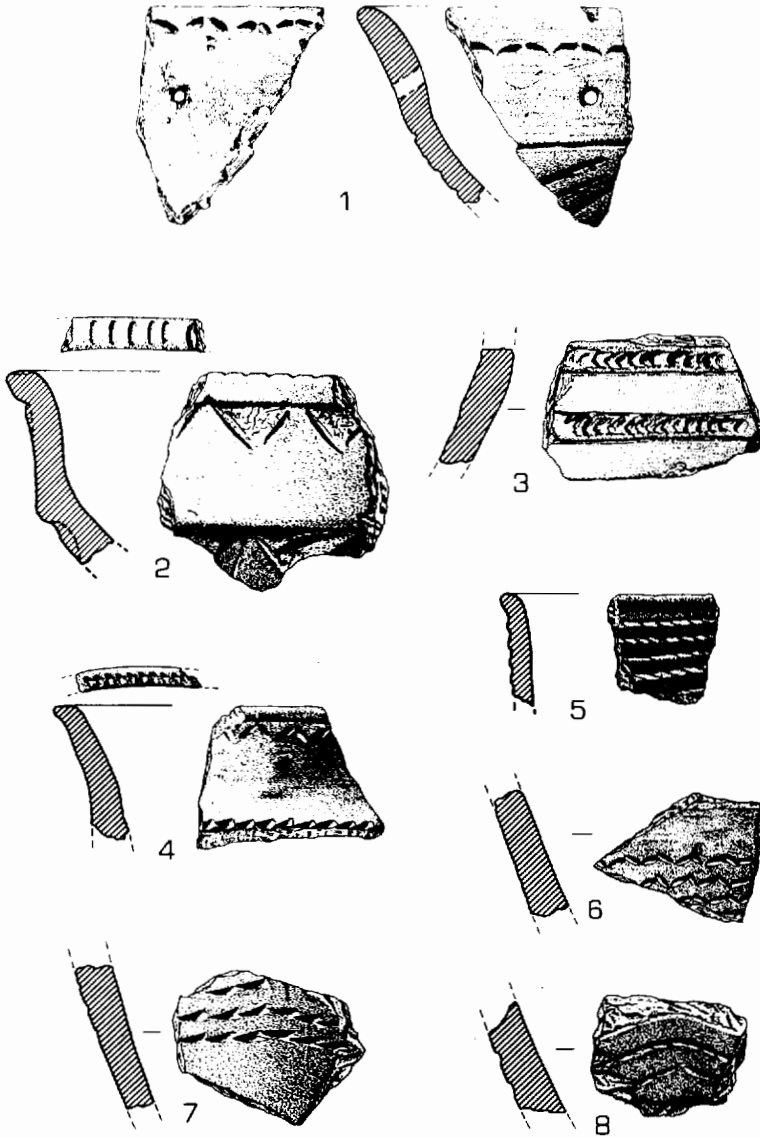


Fig. 7.- Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Fragmentos de cerámica de la fase II, según F. Molina y E. Pareja.